

Robert Gilpin. *La economía política de las relaciones internacionales.* Buenos Aires, Grupo Editor Latinoamericano, 1990, 449 páginas.

En un período caracterizado por profundas transformaciones y mutaciones globales, el análisis histórico de la dinámica de la economía mundial y de los principales determinantes que dan cuenta del surgimiento y decadencia de los regímenes internacionales adopta un carácter crucial en la evaluación prospectiva de las futuras configuraciones mundiales. El agotamiento, hacia fines de la década del '60, del extraordinario período de crecimiento que caracterizó a la posguerra y la crisis evidente en que se sumergieron las economías capitalistas más avanzadas durante la década del '70 plantearon serios interrogantes sobre la continuidad de la configuración mundial basada en la hegemonía inapelable de los EE.UU. La comprensión inadecuada del carácter estructural y profundo de la crisis por parte de las autoridades económicas y los líderes políticos de las principales economías retrasaron, durante los años '70, el diseño de estrategias globales para su superación. Adicionalmente, la emergencia de lógicas resistencias en la economía hegemónica a adaptarse a las transformaciones ocurridas, abrieron un intervalo caracterizado por una profunda inestabilidad en los planos monetario, financiero y comercial. La sucesión de acontecimientos acaecidos durante la década del '80 permite afirmar que la economía mundial atraviesa actualmente un período de redefiniciones característico de las etapas de transición de un régimen internacional a otro.

El carácter de las transformaciones producidas, la inestabilidad asociada a la crisis primero y, luego, al ajuste y la reestructuración en cada uno de los polos dinámicos de la economía mundial y las dificultades para reencontrar una senda estable y dinámica de crecimiento económico dieron lugar a la aparición de una profusa bibliografía, heterogénea y de desigual calidad, y a la apertura de un intenso debate dedicado a examinar cuestiones como las causas y profundidad de la crisis, el agotamiento del modo de desarrollo característico de la "edad de oro" del capitalismo (1945-1970) y su reemplazo por un nuevo patrón de acumulación fundado en la emergencia de nuevas tecnologías y nuevos sectores "clave" dinamizadores del crecimiento económico, las dificultades para el reemplazo de la hegemonía estadounidense y su sustitución por una gestión multipolar de la economía internacional, las futuras configuraciones del mercado mundial en el contexto de la visible tendencia a la conformación de espacios económicos regionales, etcétera.

Situado desde esta perspectiva, el libro de Robert Gilpin se propone abordar este amplio conjunto de cuestiones articulando su argumentación en torno de un "hilo conductor" que consiste en examinar la forma en que la política y la economía internacionales interactúan y se determinan mutuamente. Basado en el hecho de que "la primacía del estado-nación ha sido el principal organizador del orden político internacional" y en que "el mercado se ha convertido en

el medio primordial de organizar las relaciones internacionales”, el autor señala que estas “dos formas opuestas de organización social”, el estado-nación y el mercado, “han evolucionado juntas a lo largo de los últimos siglos y sus interacciones mutuas se han vuelto progresivamente más cruciales para el carácter y la dinámica de las relaciones internacionales en el mundo actual” (p. 14). Como puede apreciarse, el enfoque de Gilpin —cientista político especializado en relaciones internacionales de la Princeton University, que se acercó a la economía a través de su contacto con personalidades tales como W. Branson y B. J. Cohen y de su paso por la Escuela Woodrow Wilson— enfatiza el peso de los aspectos políticos en la dinámica de la economía mundial.

Dicha síntesis parece saludable en el marco de un debate en el que predominan las interpretaciones que sólo toman en cuenta los aspectos estrictamente económicos de las transformaciones en curso y que, por lo tanto, pecan de unilateralidad. En efecto, es común toparse con argumentos que, señalando la visible tendencia del proceso de acumulación de capital a la transnacionalización, postulan que la crisis que atravesaron los países capitalistas avanzados durante la década del '70 se produjo por una ruptura de las barreras interpuestas por los estados nacionales a la dinámica del capital, reduciendo los márgenes de los que disponen los diferentes gobiernos para una regulación autónoma (nacional) de sus respectivas economías. No se trata de negar la “globalización” de la economía mundial y la creciente interdependencia entre los diferentes espacios nacionales de acumulación, en la medida en que éstos son rasgos inherentes al primer modo de producción verdaderamente mundial. Más bien, de lo que se trata es de analizar las formas concretas en que dicha tendencia inmanente del capital a la transnacionalización se viabiliza en la economía mundial contemporánea. No es correcto absolutizar dicha tendencia ya que, como es sabido, debe estudiarse la forma en que operan sus causas contrarrestantes: desde nuestro punto de vista, las formaciones sociales nacionales se presentan como una concreción relevante de dichas causas.

Sin embargo, uno se siente defraudado por el tratamiento otorgado por Gilpin a esta interacción de elementos políticos y económicos, ya que resulta igualmente erróneo concebir la dinámica de las relaciones económicas internacionales en términos que podrían caracterizarse como producto de una visión “conspirativa” y reduccionista en la que las diferentes naciones persiguen intereses perfectos y conscientemente determinados, y en la que los estados mecánicamente representan homogéneos objetivos internos en la esfera internacional.

La estructura de la obra puede dividirse en tres partes, las cuales abordan sucesivamente las interpretaciones teóricas existentes sobre la economía mundial, los principales ámbitos de acción y de conflicto de la economía internacional contemporánea y, por último, los problemas cruciales vigentes hacia la segunda mitad de la década del '80.

Una de las presunciones que el autor anticipa desde el inicio es que el futuro orden económico internacional estará influenciado por tres acontecimien-

tos centrales: a) “la relativa decadencia del liderazgo económico norteamericano”; b) “el cambio del lugar en que se ubica el centro de la economía mundial, que del Atlántico se ha trasladado al Pacífico”, y c) “la creciente integración de las economías norteamericana y japonesa, las cuales se han interrelacionado hasta un grado que no tiene precedentes en el caso de naciones soberanas” (p. 16). Dicha integración ha dado origen al fenómeno que *The Economist* denomina economía *Nichibei* [del japonés Nihon (Japón) y Beikoku (América, país del arroz)].

La parte primera, integrada por los tres capítulos iniciales, pretende dar cuenta de la naturaleza y dinámica de la economía política internacional y de las principales aproximaciones teóricas a este fenómeno. El intento mismo de sintetizar dichas aproximaciones (la doctrina liberal, el nacionalismo económico y el marxismo), así como su interés por estudiar los conflictos de poder en el escenario mundial, dan como resultado un enfoque promisorio y estimulante para el abordaje de los temas en estudio. En efecto, alejado de aquellas posturas teóricas que conceptualizan el escenario mundial en términos de una armónica y eficiente asignación de recursos, el autor procura resaltar y analizar tres conjuntos de cuestiones en los que se pone de manifiesto el carácter *contradictorio* de la dinámica del capital en la esfera internacional. En primer término, se pregunta cuáles son “los efectos, tanto políticos como económicos, del desarrollo de la economía de mercado” (p. 23); el desarrollo de las relaciones mercantiles en escala mundial, ¿contribuye a la armonía o produce conflictos entre las formaciones sociales nacionales?; ¿es necesaria la presencia de una economía hegemónica para garantizar las relaciones cooperativas, o la convergencia de comportamientos nacionales es resultado espontáneo de la economía de libre mercado? En segundo lugar, se preocupa por la relación que existe entre el cambio económico y el cambio político: ¿cuáles son las consecuencias, en las relaciones políticas internacionales, de la emergencia de nuevos sectores económicos dinámicos, de la modificación en la ubicación geográfica de los polos dinámicos de la economía mundial? Por último, intenta dilucidar el vínculo entre las economías nacionales y el sistema económico internacional: la economía mundial, ¿constituye una configuración jerarquizada, efectivamente asimétrica?, ¿cómo se ha resuelto históricamente, en el caso de las economías avanzadas, el dilema consistente en la prosecución de intereses internos y la necesaria sujeción y cumplimiento de las reglas y normas internacionales?

Sin embargo, contrariamente a lo que era dable esperar, son éstos, probablemente, los pasajes más insatisfactorios de la obra, por varias razones. Por un lado, las consecuencias teóricas del enfoque que más arriba caracterizamos como “conspirativo”, que lo conducen a una simplificación de las cuestiones en estudio y a una falta de elaboración argumental en el desarrollo de conceptos tales como mercado, estado, riqueza, poder, relación capital, hegemonía, etcétera. Por otro lado, las deficiencias metodológicas de un enfoque que, como el propio autor señala, es ecléctico —“aunque puede no ser el camino que nos conduzca a la precisión teórica (...) a veces es el único camino disponible” (p. 37)— y que se limita a una yuxtaposición acrítica de las diferentes aproxima-

ciones teóricas, las cuales generalmente son presentadas en una versión, diríamos, "caricaturizada".

De todas formas, Gilpin abandona parcialmente su "comprensión ecléctica" y se muestra partidario de la teoría de la estabilidad hegemónica (fruto de la aproximación del nacionalismo económico y uno de cuyos expositores iniciales fue Charles Kindleberger) para interpretar los cambios estructurales que se producen en la esfera internacional. Dicha teoría enfatiza el rol que desempeña la presencia de una economía hegemónica para la existencia y estabilidad de una "economía mundial abierta y liberal" (p. 86). En estos términos, la inestabilidad experimentada por la economía internacional desde la década del '70 sería producto de la declinación del liderazgo económico norteamericano y de las dificultades y "falta de disposición" de las potencias emergentes para crear y manejar un nuevo orden internacional, que evite la acción de las "fuerzas del nacionalismo económico" (p. 89) y garantice la provisión de bienes "públicos o colectivos tales como un régimen de intercambio liberal y abierto basado en la no discriminación y la reciprocidad incondicional (...), la divisa internacional (...), la seguridad internacional" (p. 88). Limitándose a comprobar que, históricamente, la "conjunción de circunstancias favorables, para el liderazgo hegemónico y la emergencia de una economía mundial liberal solamente se ha dado dos veces" (p. 87) (la Pax Britannica durante el siglo XIX y la estadounidense desde Bretton Woods), el autor declara que "la importante pregunta central acerca de cómo puede ser inevitable la decadencia del estado hegemónico queda fuera del alcance de este libro. Baste decir que, aunque todas las potencias dominantes deben un día declinar, presentan grandes diferencias en su longevidad" (p. 92).

Semejante franqueza puede sorprender a cualquiera pero resulta cuando menos inexplicable que una tal teoría haya sido elegida como potencialmente apta para dar cuenta del "cambio estructural y la dinámica de la economía internacional". Por el contrario, se desestima el estudio de las formas concretas mediante las cuales una particular configuración mundial jerárquica y asimétrica puede garantizar la coherencia de la acumulación de capital en escala mundial durante un período más o menos prolongado, aun en ausencia de formas institucionales de similar legitimidad a las existentes en el plano nacional. Más aún, si se quiere explicar el auge y la declinación de diferentes formaciones sociales nacionales deben estudiarse la forma en que actúan el conjunto de regularidades económico-sociales que permiten posponer, temporariamente, las contradicciones inherentes al proceso de acumulación de capital.

Los capítulos que integran la segunda parte de la obra, aquella dedicada a examinar distintos "temas" de la economía internacional contemporánea, no aportan demasiado en la superación de las falencias teóricas características de la parte primera. Debe señalarse, sin embargo, que el lector puede encontrar allí una aceptable descripción de las sucesivas etapas históricas del sistema monetario internacional, una interesante aproximación a la problemática de las empresas multinacionales y su relación con los estados nacionales, una limitada presentación de la problemática del comercio internacional

y dos pobres capítulos dedicados al examen de la teoría del desarrollo económico y de la dependencia y a la economía política de las finanzas internacionales. Este último presenta, de todas formas, un interesante apartado final en el que se examina la transformación ocurrida durante la década del '80 en la posición financiera internacional de los EE.UU. y la creciente relevancia de los excedentes financieros japoneses en el financiamiento de los déficit (fiscal y externo) estadounidenses, así como el carácter inestable de esta "solución" fáctica.

Son los capítulos finales, sin lugar a dudas, los más sustanciosos del libro. Puede encontrarse allí un adecuado balance de la *reaganomics* y del énfasis en la "economía del lado de la oferta", presentándola como la respuesta ingenua de la administración a la comprometida situación de los EE.UU. y analizando su responsabilidad en el aplazamiento de la reestructuración económica que, necesariamente, debe encarar el coloso del Norte. Si se observa cuidadosamente, la respuesta norteamericana a lo largo de la década del '80 revela una doble problemática: por un lado, la creciente incapacidad de la economía anteriormente hegemónica para "hacer y deshacer" a voluntad en la esfera internacional (como diría J. Baudrillard, la manifestación palpable de la impotencia de la potencia) y, por otro, los riesgos asociados y desestabilizadores, en los planos económico, político y militar, de la mantención, por parte de la declinante pero todavía fundamental potencia mundial, de su capacidad de rebelarse a las normas del orden internacional creado bajo su dominio. No sólo la reciente aventura bélica en el Golfo Pérsico, sino también en el recrudescimiento de las tendencias proteccionistas, los graves desequilibrios monetarios y cambiarios (durante la década del '70) y la inestabilidad financiera global propia de la década del '80 parecen explicarse por la magnitud de las cuestiones en redefinición en esta etapa de transición.

En este contexto de intensos reajustes, Gilpin anota interesantes tópicos pendientes de resolución en el tránsito a un "nuevo orden internacional emergente". En primer término, el ámbito del liderazgo político y económico: ¿Se trata del reemplazo de la declinante hegemonía norteamericana por un nuevo "líder indiscutido", o de su sustitución por una administración multipolar de la economía mundial? Si es este último el escenario resultante, el problema de la débil "coordinación de políticas y la cooperación" encarada en el marco del Grupo de los Siete adopta una importancia central. ¿O, por el contrario, se asistirá al "colapso de la economía mundial liberal" (p. 381) tal cual ocurrió durante la Gran Depresión? Deben mencionarse aquí las insuficiencias del examen que el autor realiza sobre la *performance* de los actores principales de la economía mundial (EE.UU., Japón y Europa) y sus comportamientos y capacidades diferenciales respecto de la asunción de las responsabilidades implícitas en el manejo del orden internacional. No se profundiza en los determinantes específicos que dan cuenta de las divergencias existentes en las respuestas a la crisis y la eficacia de dos "modelos de capitalismo" bien contrapuestos. En segundo lugar, la esfera de la reestructuración y el "ajuste económico requerido por la redistribución global de las actividades económicas y el paso a nuevos sectores líderes" (p. 381). Aunque el libro no presta demasiada

atención a las transformaciones ocurridas en la organización de la producción y en la configuración global del proceso productivo, es evidente que es éste uno de los aspectos que explican la erosión de la acumulación en los países avanzados, y de cuya resolución depende el pasaje a un nuevo modo de desarrollo que garantice una evolución, cuando menos, estable del proceso de acumulación de capital. Finalmente, la “colisión entre la autonomía interna y las normas internacionales” (p. 381), en la medida en que la estabilidad de las configuraciones mundiales pasadas dependió crucialmente de la articulación no conflictiva entre ambas cuestiones. En efecto, mientras que durante la vigencia del capitalismo competitivo anterior a la Gran Depresión los mercados exteriores desempeñaron un papel central, el desarrollo del capitalismo durante la segunda posguerra implicó una secundarización relativa de los intercambios internacionales. Es sabido que el motor básico del crecimiento durante este período estuvo vinculado a la expansión de los mercados internos, aun cuando se haya asistido a una liberalización sin precedentes del comercio internacional. En alguna medida hubo una resolución adecuada del dilema “Keynes en lo interno, Smith en el exterior”.

Resulta interesante, por último, examinar brevemente el escenario económico internacional más probable que visualiza el autor, al que caracteriza como “un sistema mixto de nacionalismo, regionalismo y proteccionismo sectorial que está reemplazando al sistema Bretton Woods de liberalización multilateral” (p. 414). Aunque en parte influido por una falsa alternativa “multilateralismo” vs. “bloques”, derivada de su énfasis en el papel cumplido por los estados-nación, Gilpin concibe un mundo en el que se incrementarán las disputas por los mercados y, teniendo en cuenta la fecha en la que escribe el original (1986), realiza una precisa proyección de los rasgos centrales de los tres principales espacios económicos regionales que, por entonces, comenzaban a delinearse. En última instancia, evalúa los incentivos de las diferentes naciones a practicar un proteccionismo sectorial que “les permite mantener los mercados extranjeros abiertos mientras retienen cierto control sobre sus propios mercados internos, y establecer la presencia nacional en el sector” económico en cuestión, cifrando sus esperanzas en esta forma que el autor denomina “mercantilismo benigno” (p. 424). En realidad, varias son las alternativas abiertas, aunque es indudable que, como Gilpin afirma, “una nueva economía política internacional está emergiendo” (p. 427).

En resumen, la candente actualidad de los problemas abordados seducen al lector quien, sin embargo, encuentra una obra muy “porosa”, en la que alternan las observaciones lúcidas acerca de los conflictos potenciales, las descripciones detalladas aunque por momentos excesivas, las generalizaciones mecanicistas y, fundamentalmente, la falta de un procedimiento teórico riguroso que haga honor al sugerente título de la obra. Más que un tratado sobre la economía política internacional (a la usanza de los grandes clásicos), el libro es, más bien, una presentación de los conflictos políticos y económicos en la esfera internacional.

José Carlos Chiaramonte. *Mercaderes del Litoral. Economía y sociedad en la provincia de Corrientes, primera mitad del siglo XIX.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1991, 275 páginas.

El libro que reseñamos tiene como objetivo el estudio de la economía y la sociedad correntinas entre 1821 y 1838, con el fin de “dilucidar la naturaleza histórica de la clase dirigente y del estado provincial por ella construido”, prestándose —como señala el autor en el prólogo— un “especial interés por el tipo histórico de su producción”.* En particular, el capítulo que hace las veces de introducción, rico en interpretaciones e hipótesis, contiene una reflexión sobre la “problemática regional argentina en la primera mitad del siglo pasado”, poniéndose de manifiesto allí “las principales orientaciones que guiaron nuestra investigación”. En las consideraciones finales, de elaboración posterior al núcleo del libro, se incorporan otras conclusiones de gran interés, en especial las referidas a “los límites de la mercantilización de la economía correntina”.

Nos indica Chiaramonte que una motivación esencial de su trabajo se fundamenta en “la importancia del papel desempeñado por Corrientes en las disputas sobre la oportunidad de organizar constitucionalmente el país”, circunstancia en que la provincia habría sido, según un consenso más o menos generalizado, “la más fuerte opositora a la política bonaerense”. En virtud de estos presupuestos, la investigación procura establecer la naturaleza de la dirigencia correntina, en tanto representante de “un grupo social capaz de expresarse en un programa que parecía rozar los lineamientos del nacionalismo económico”. En este sentido, la pregunta que se formula Chiaramonte es si, frente a la negativa bonaerense a constituir el país sobre cualquier base que no fuera su supremacía, la política correntina fue realmente de unidad nacional: “Es decir, ¿fue la de Corrientes una expresión real de nacionalismo o sólo una defensa de su provincialismo escudada en reivindicaciones nacionales que no irían más allá de lo que pudiera satisfacer sus intereses particulares?”

Para contestar este interrogante el autor encara el análisis de la estructura económico-social correntina, dado que si la política que expresa su dirigencia fuera “un programa de desarrollo capitalista se tornarían más convincentes los reclamos nacionales de la provincia”. La respuesta que ofrecen los resultados de su investigación entrañan la no convalidación de la hipótesis sobre “el supuesto carácter capitalista de su programa y la existencia misma de una burguesía capitalista”. Esta conclusión negativa se asienta en el estudio de las características predominantes de la producción agraria e industrial, especialmente del curtido y la construcción de embarcaciones, que fundan el núcleo industrialista de la perspectiva correntina. Finalmente se plantea la tesis principal del libro, alternativa a la del desarrollo capitalista que se niega: “la hipótesis del papel dominante del capital comercial y del predominio del

* Todos los textos entrecomillados pertenecen a J. C. Chiaramonte.

financiamiento mercantil de las principales producciones de la provincia fue ganando terreno, revelándose como la más acorde con la información recogida”.

También en relación con la problemática que analiza, entre otras formulaciones tan polémicas como incitantes, Chiaramonte incursiona en el tema de la nación argentina en la primera mitad del siglo XIX: “¿Existía realmente una nación impedida de organizarse en una estructura estatal por remanentes aciagos del pasado colonial, o lo ocurrido fue, por el contrario, la manifestación de una realidad social ajena a ese supuesto?” A diferencia de otras cuestiones sobre las que los interrogantes no alcanzan a responderse del todo, aquí su juicio es inequívoco: “Si existían factores de unión entre los pueblos... ellos no alcanzaban a conformar el fenómeno de una nación...” Más precisamente, “la inexistencia de una nación en el Río de la Plata de la primera mitad del siglo XIX”, debida básicamente a “la inexistencia de una clase dirigente en el nivel interprovincial”, lo lleva a caracterizar el fruto del proceso histórico que desemboca en 1880 como “la cristalización de una clase social nacional”, resultando por lo tanto fuertemente enfatizada la asimilación de la lucha por la construcción de la nación con la tarea de una “clase nacional que habría de construirla”.

Valgan estas pocas líneas como muestra de la relevancia e interés que indudablemente tienen las preocupaciones historiográficas plasmadas en *Mercaderes...*, fruto de largos años de trabajo de investigación. En alguna parte de su trabajo Chiaramonte señala que “si la historia económica regional argentina padece una sensible escasez de trabajos de utilidad, el análisis de la estructura social es aún más deficiente”, y no puede menos que coincidir con esta evaluación. Corresponde agregar que *Mercaderes del Litoral* es uno de aquellos contados libros donde se superan las limitaciones que asiduamente condicionan nuestra historiografía económica y social, en particular la que se ocupa del período que va de la colonia a mediados del siglo XIX.

Las razones que fundan esta afirmación son varias: Chiaramonte realiza un uso de las fuentes que no cede a las modas neoempiristas, que en nombre de la necesidad de poner número a los fenómenos unilateralizan el abordaje metodológico de realidades que normalmente exceden en mucho lo cuantificable. Obviamente, tampoco peca de una visión que se conforme con el dato cualitativo que impide superar un análisis impresionista, el cual, aunque útil, se mostró tradicionalmente insuficiente para aprehender la esencia oculta tras la apariencia con la que se manifiestan los hechos históricos. Así, su estudio de la economía y la sociedad correntinas utiliza desprejuiciadamente todas las numerosas fuentes que ha logrado tener disponibles, cuantificando cuando es no sólo posible sino también necesario, recurriendo al testimonio cualitativo —por ejemplo D’Orbigny y los Robertson— cuando resulta conveniente, combinando y controlando entre sí las vías de acceso al pasado en función de las hipótesis de trabajo que organizan la investigación.

Es sabido, aunque a menudo se lo olvida, que los archivos no contestan sino lo que se les pregunta, por lo que quien no sabe lo que busca difícilmente lo encuentre, y si lo hace, lo reconozca y lo interprete; creer saber cómo son las cosas antes de investigarlas quita sentido a la tarea; sin embargo, no tener ninguna idea más o menos formada al respecto resulta un obstáculo a menudo

esterilizante de los mejores esfuerzos. En este sentido el libro de Chiaramonte resulta aleccionador respecto del repertorio de interrogaciones con que aborda las fuentes. Sabe lo que busca y lo encuentra siguiendo las reglas del método historiográfico más recomendable, o cree encontrarlo, lo que en este comentario se considera como una discusión fecundamente abierta. A su modo, el autor ha buscado a través de la investigación alcanzar la verdad, no la verosimilitud, lo que no es poco mérito cuando relativistas y oportunistas descreen de la búsqueda de la verdad como objetivo del historiador, cuestionando así la misma existencia de una ciencia de la historia.

Con esta observación llegamos al corazón de las preocupaciones de Chiaramonte, y entonces *Mercaderes del Litoral* se revela inescindible de su otra obra fundamental: *Formas de sociedad y economía en Hispanoamérica*. De esta manera, como queda claro en ambos textos, se repone en el centro del *métier* historiográfico un componente decisivo —y cada vez más subestimado en tiempos del mundo uno y el fin de las ideologías— a la hora de producir conocimiento del pasado: un marco teórico. Este marco teórico, por lo demás sumamente cuestionable desde los principios del materialismo histórico, es el que le permite seleccionar y elaborar sus hipótesis, otorgándole vida y sentido a la historia correntina, en tanto ésta es interpretada y caracterizada en términos totalizantes, facilitando que su punto de llegada sea, como corresponde, un nuevo y enriquecido punto de partida para futuras investigaciones, cualquiera que sea su sesgo ideológico.

Obviamente, el mérito que procuramos destacar debe pensarse a la luz de una coyuntura internacional donde la norma es la desteorización de la historia, destacándose la presión ambiental, acicateada por la velada amenaza a la frustración de la carrera académica de los rebeldes, que apunta a alejar a quienes trabajan en la historia de la reflexión teórica, particularmente cuando se vincula críticamente con el actual estado de cosas. En este sentido, el libro de Chiaramonte marca un reencuentro con la mejor tradición historiográfica, íntimamente comprometida con las variables fundamentales en las que están contenidos —como señalara Reyna Pastor— el hombre y la sociedad, difícilmente reductibles a una curva estadística, o a un gráfico más o menos logrado. Obviamente para quienes compartimos, con diversas formulaciones, el diagnóstico de feudal respecto de las colonias hispanoamericanas —desde Romano a Carmagnani, de Morin a Rodríguez Molas—, son numerosas las cuestiones en las que habremos de encontrar discrepancias con el análisis de Chiaramonte, sin que ello invalide los conceptos que hemos expresado hasta aquí.

Desde esta perspectiva, llaman la atención algunas opiniones recurrentes del autor, tales como la persistente satanización de la que denomina “la famosa, y viciada, opción feudalismo/capitalismo”. Es conocido el esfuerzo desplegado en *Formas de sociedad...* por quitar basamento a las opiniones que enfatizan el feudalismo colonial; también sus opiniones respecto a que entre 1750 y 1850 no existe ni feudalismo ni capitalismo. No quedan, empero, claras las razones de tal énfasis, marcadamente desigual respecto del dedicado a la inexistencia de capitalismo, por lo que su tenaz rechazo de la tesis feudal revela un cierto prejuicio que acaso le dificulta justipreciar una gran cantidad de elementos que

podrían ponderarse vinculados a la feudalidad —escasez de moneda, inexistencia de un mercado de trabajo libre, compulsión extraeconómica sobre los productores directos, inexistencia de un mercado interior, etcétera—, que aunque aparecen expuestos en tanto las fuentes así lo imponen, pueden considerarse contradictorios con la transición algo evolucionista que Chiaramonte sugiere desplegándose a lo largo del siglo XIX argentino, la que “otorga al proceso que culmina hacia 1880 el carácter de una historia de la emergencia de una clase social dirigente nacional”. Esta clase, por otra parte, no es definida con claridad, lo que invita a pensarla como una derivación de las “burguesías mercantiles” que el autor observa hegemonizar las situaciones provinciales.

Lo cierto es que el libro afirma la existencia de un “interregno en el que no existe aún un tipo histórico de producción que pueda considerarse dominante”; al respecto debe suponerse, pues no queda aclarado en el texto, que se trataría del capitalismo (¿dependiente?) al fin del ciclo y “un tipo de producción dominante” (¿de 1580 a 1750?) sobre la cual no se proporciona ningún indicio. Sin perjuicio de la indeterminación del “interregno” mencionado, Chiaramonte afirma que éste se corresponde “con el predominio de un tipo de capital, el capital comercial (comercial y usurario) que en el siglo XVIII había desarrollado su dominio sobre la producción y su papel primordial en la vida económica colonial”, de lo que podría llegar a concluirse —sobre todo si se atiende, como recomendaba Horacio Ciafardini, al tipo de estado que la sociedad posee— que el terrateniente Rosas (¿o sería burguesía rural?), cuyo poder difícilmente pueda desconocerse, finalmente encarnaría los intereses mercantiles, a los que por otra parte no era ciertamente ajeno.

Sabedor de las certezas que la teoría —desde Marx hasta Dobb— ha incorporado, Chiaramonte reconoce con acierto que “el capital comercial, si bien forma de transición a la producción capitalista, no determina de por sí esa transición y aun puede obstaculizarse”; sin embargo, no resulta claro qué es lo que efectivamente propone que ocurre en el caso correntino, y menos en el conjunto del país. Claro que no parece negar, más bien al contrario, la vigencia del capitalismo a fines del XIX, con lo cual responde indirectamente a la incógnita mencionada decidiéndose por el sentido positivamente transicional de la acción del capital comercial. De manera que aun rechazando “la equívoca denominación de capitalismo mercantil”, el autor no parece al fin alejarse demasiado de los factores explicativos sobre los que este concepto normalmente se apoya. O parece alejarse cuando en realidad no lo hace.

Con ello llegamos al punto que a nuestro juicio más dificulta el despliegue hasta el final del innegable talento historiográfico del autor, identificable como una cuota excesiva de eclecticismo que lo lleva sistemáticamente a criticar y evitar, por ejemplo, “la viciada tendencia a atribuir a una de las fuerzas contendientes el mérito de ser la portadora del verdadero espíritu nacional...” O a concluir, luego del ajustado análisis que efectúa, que el correntino constituía un “programa y política que, sin ser opuestos a un posible desarrollo capitalista, tampoco apuntaban a él”. Por lo que más que censurar “la antigua y poco fructífera discusión sobre el carácter feudal o capitalista de la estancia argentina de la primera mitad del siglo”, en aras “del dominio del capital

comercial en la economía rioplatense”, parece más conveniente —como él mismo parcialmente lo hace en el capítulo dedicado a la coacción extraeconómica y las relaciones de producción— profundizar estas líneas de investigación, incluida por cierto la hipótesis del control de los comercializadores sobre los productores, como modo de superar al fin aquellas indefiniciones que hemos señalado.

Dígase como elogio final de la obra, que la contradicción —que no necesariamente debe ser mal resuelta— entre la diversidad y complejidad de lo real que ella pone de manifiesto y la necesidad de definir el aspecto principal (dominante, dirigente) de los fenómenos y procesos históricos estudiados, nos acompañará a los historiadores poco menos que eternamente.

También, por último, el comentarista debe reconocer que una crítica a fondo de las tesis de Chiaramonte reclama libros e investigaciones por lo menos de la calidad de *Mercaderes del Litoral*, y en este sentido, indudablemente él tiene la ventaja, aunque ella no le baste para tener razón.

Eduardo Azcuy Ameghino

Daniel A. Campi (comp.). *Estudios sobre la historia de la industria azucarera argentina, vol. I.* San Salvador de Jujuy, Universidad Nacional de Jujuy y Universidad Nacional de Tucumán, 1991, 152 páginas.

En su introducción, el compilador de este volumen traza un cuadro de situación y describe brevemente su contenido y el aporte original de cada uno de los cinco trabajos que lo integran. Donna Guy está preparando una nota crítica —como reconocida autoridad en la materia— para el *Anuario* del IEHS (UNICEN, Tandil). Una crítica más equivaldría, por lo tanto, a insistir en cosas dichas o por decirse y no sé hasta dónde podría mejorar la función informativa que toda reseña —paralelamente a su núcleo crítico— ejerce necesariamente. Por eso considero más pertinente comentar algunos aspectos del revés de la trama y poner el acento menos en los temas vinculados con la cuestión histórica de la industria azucarera en sí que en los mecanismos institucionales que permiten —por lo que puede verse en este volumen— acelerar su conocimiento.

Las economías regionales tienen en las revistas especializadas, en la documentación oficial y en los estudios de coyuntura una nutrida provisión bibliográfica “de último momento”, pero salvo las conocidas excepciones (Guy, Balán, Greenberg) no abundan del mismo modo las descripciones históricas.

Ha sido una feliz conjunción que un pequeño grupo de jóvenes historiadores tucumanos y jujeños —casi todos ellos financiados y estimulados por becas del CONICET— hayan comenzado a actuar en concierto, logrando madurar en la investigación, participar en simposios progresivamente autónomos (en el ambiguo seno de congresos de historia económica) y acercarse con recomenda-

ble humildad a figuras de las que —como Donna Guy— pronto obtendrían justificado reconocimiento.

La constitución de estos equipos de investigación, más determinados por la utopía del desarrollo intelectual que por el crudo determinismo de la contigüidad institucional y la necesidad burocrática de cooperar en proyectos, describe un camino sin duda promisorio que valdría la pena reiterar en otras regiones extrapampeanas.

El volumen en sí mismo, garantizado con la participación de Noemí Girbal de Blacha —en un artículo inicial que de algún modo marca los límites de la compilación—, reúne un trabajo serio y prolongado, sin interrupciones y que ya estaba concretamente reunido desde antes por la interacción de sus autores. La Unidad de Investigación en Historia Regional (UNIR), a la que Campi menciona de pasada como el núcleo institucional de la edición, es algo más que un *locus* burocrático: es la unión entusiasta de un grupo de investigadores jóvenes que por encima de las dificultades inapelables de la vida académica nacional entrevistó en la colaboración y el diálogo crítico una vía despejada al conocimiento. Esta compilación y los dos tomos que la completarán aparecen así como resultado de un esfuerzo recomendable —obra de aproximación frecuente entre los miembros de la UNIR que se dedican al tema con quienes los viene desarrollando en otros ámbitos—, capaz de desprejarse de su clasificación de “regional” (a veces desconfiable) mediante el ejercicio de un análisis histórico sistemático.

Daniel Campi ha conducido con tenacidad e inteligencia el tramo fundacional de la UNIR, mezclando su inicial formación técnica en sacaricultura y el examen posterior de la historia de la industria con un notable espíritu organizador.

María Celia Bravo tiene con esta historia del azúcar vínculos un poco más existenciales que los que habitualmente genera la elección aséptica de un tema por egresados recientes cuya prioridad es justificar una beca.

Ana Teruel y Marcelo Lagos (ausente en este volumen pero presente en uno de los restantes) han iniciado un tratamiento sistemático sobre las condiciones del trabajo azucarero en la región pedemontana de Jujuy que, con la excepción de los estudios de Susana Sassone, Ian Rutledge, Floreal Forni y Raúl Bisio, prácticamente no reconocía antecedentes utilizables hoy en día.

Roberto Pucci, finalmente, propaga desde sus propios trabajos, y sobre todo en éste, una tónica desmitificadora que se resuelve promisoriamente en la confluencia poco frecuente del saber documental y el sentido común.

Además —hay que señalarlo— el libro es resultado de la colaboración entre dos universidades, un hecho no muy frecuente. Dos universidades que por su enclavamiento regional no podían desentenderse de una temática mimetizada en sus sociedades y sus economías respectivas. El hecho podría ser interpretado como incidental, promovido por esa clave infalible del logro que en el medio académico es la relación personal, contra o a pesar de las demoras y malentendidos habituales de la relación interinstitucional. Pero esa interpretación puede ser antojadiza porque la integración universitaria parece estar dejando de ser, habida cuenta de las transformaciones que se anuncian o se suponen prudentemente, un recurso discursivo o un tópico elegante de velada académi-

ca, para asumir casi el estatuto de una necesidad. Esta asociación puede dar frutos interesantes: Tucumán y Jujuy logran sortear de la mano de estos investigadores jóvenes, pero ya no noveles, la tentación de la apologética (lamentable *background* de la historiografía del noroeste) y de la sedicente historia económica que se ve a sí misma —en el mejor de los casos— como simple ejercicio de cuantificación o —en el peor— como *dossier* probatorio de prejuicios dogmáticos disfrazados de hipótesis.

Estos hechos: la formación de un equipo, la integración editorial de dos universidades, el desarrollo de un *corpus* analítico sobre un tema tan importante de la historia económica argentina, justifican una actitud optimista por el futuro de esta nueva historiografía regional y —como escribí al comienzo— por los mecanismos institucionales que puedan albergarla. Un apoyo eficiente (institucional, académico, financiero) puede colaborar a que produzca los frutos que anuncia y de los cuales esta primera entrega constituye un anticipo significativo.

Daniel J. Santamaría

Jacques Le Goff. *Pensar la historia*. Barcelona, Paidós, 1991, 269 páginas.

Pensar la historia de Jacques Le Goff es una recopilación de artículos publicados originalmente en italiano por Giulio Einaudi entre los años 1977 y 1982. Pese a los años transcurridos su interés se mantiene intacto debido a que aborda problemas de enorme trascendencia para la historiografía y cuyo contenido polémico aún es objeto de apasionado debate. El texto comprende dos partes, la primera está dedicada fundamentalmente a reflexiones que tienen como foco la disciplina histórica y, en particular, su metodología de investigación; la segunda se centra en las transformaciones sufridas en el curso del tiempo por un conjunto de dicotomías conceptuales de importancia capital para la historia.

La primera parte representa una ponderada meditación acerca del estado actual de la disciplina, señalando tanto sus conquistas como sus dificultades. El contexto en que se sitúa su examen es de crisis profunda, a la vez interna de la profesión y externa (generalizado desaliento con respecto a las ya declinantes expectativas de progreso social).

Como era de esperarse en un historiador de su calibre, el autor detalla con cierta minuciosidad la evolución del ítem particular bajo análisis e indica las condiciones específicas (sociales y políticas) de su advenimiento y sus mutaciones. Dada la variedad de temas que se abordan y la multitud de conexiones entre ellos parece aconsejable seleccionar para el comentario algunos aspectos que sobresalen por su importancia.

Desde sus orígenes a la actualidad se han producido cambios tremendos en la propia disciplina histórica. En primer lugar, se produjo una formidable expansión temática que trascendió el relato de lo presenciado personalmente o

lo ocurrido en una época anterior inmediata para encarar el examen del pasado distante. Asimismo, se evolucionó desde el tratamiento selectivo de un pequeño subconjunto de hechos privilegiados (el gran acontecimiento que tiene por sujeto al personaje notorio), hasta el *racconto* del lento transcurso del tiempo en la pequeña aldea o las minucias de la vida cotidiana. También se ha abierto a sectores temáticos tradicionalmente marginados, como la locura y la prostitución, o sobre los cuales se ha centrado la atención muy recientemente, como lo vivido, lo representado o lo simbólico. Por último, la historia se ha vuelto sobre sí misma y hacia otras disciplinas científicas, práctica que tanta influencia ha tenido en los cambios ocurridos en la epistemología en los últimos 30 años, y ya existen serios esfuerzos por escribir una historia de la naturaleza en la cual la actividad humana desempeña un papel secundario. También se observa, sobre todo con posterioridad a la segunda guerra, una expansión del horizonte histórico, con numerosos y crecientes intentos explícitos por “descolonizar la historia”, por romper con las visiones eurocéntricas. Paralelamente, sus relaciones con otras disciplinas sufrieron alteraciones importantes. De un modo creciente la historia se fue desprendiendo de los lazos que la mantenían unida a las humanidades. En particular se ha apartado de la filosofía (con la que mantiene hoy relaciones conflictivas, aunque inevitables) y definitivamente dejó de ser un género literario. En contrapartida, ha estrechado vínculos con las ciencias sociales y en particular con la antropología, lo que autorizaría ya a hablar de la existencia de una auténtica ciencia interdisciplinaria: la antropología histórica. Comprobando la rápida evolución de la lingüística Le Goff deja espacio para la construcción de una gramática histórica capaz de desempeñar un importante papel en el esclarecimiento de “la evolución de las actitudes colectivas ante el pasado como hecho social e histórico” (p. 179). Por último, se verifican cambios metodológicos de envergadura, que alcanzan tanto a las técnicas (empleo de recursos estadísticos y computarización) como a los procedimientos (entre los que destaca una creciente conciencia crítica de la propia actividad historiográfica).

Los cambios recién mencionados agravaron problemas de vieja data, como el de la crítica de las fuentes. El historiador es cada vez más conciente de que el dato es una compleja construcción portadora de códigos, suposiciones y valoraciones que requiere ser de-construida. En referencia a estas dificultades se mencionan ejemplos notables, como el de la refutación de Jacques Gernet de la tesis que atribuía a la China del primer milenio antes de Cristo el surgimiento de un precoz sentido de la historia. Por otra parte, se plantean problemas nuevos, como el de la posibilidad de una historia total o integral. ¿Es compatible tal objetivo con la mencionada expansión temática en el campo de la historia? ¿Cabe esperar una creciente integración o, por el contrario, una acelerada desintegración de los estudios históricos?

El problema de la científicidad y objetividad de la historia constituye un tema clave y recurrente a lo largo de la exposición. De un modo claro y ordenado Le Goff esboza primero la historia de la disciplina: desde sus orígenes hasta el surgimiento y consolidación de los niveles modernos de investigación. Las perplejidades en torno al *status* del dato histórico ofrecen un fácil blanco a la crítica

escéptica: la científicidad y objetividad de la historia es, cuando menos, dudosa si depende de la posibilidad de un acceso neutral e incondicionado a los hechos históricos en estado puro. La respuesta de Le Goff se enmarca en una especie de síntesis del pensamiento de Popper y Kuhn que privilegia el consenso de la profesión en torno a un conjunto de criterios racionalmente defendibles.

Un último eje de análisis lo constituye la repercusión social de la disciplina histórica. Siguiendo a Foucault, el autor reconoce que la historia, en cuanto formadora de la memoria colectiva, es un formidable lugar de poder, lo que arroja enormes responsabilidades sobre las espaldas del historiador y exige de su parte la asunción de compromisos ineludibles. Vuelve a plantearse una vez más el debate acerca del cariz militante de la actividad de historiar. En opinión de Le Goff la responsabilidad social del historiador se sirve mejor en tanto satisfaga adecuadamente sus responsabilidades como profesional cuyo objetivo excluyente es la verdad.

La segunda parte está dividida en tres capítulos que ofrecen un fascinante seguimiento de los cambios operados en un grupo de oposiciones conceptuales básicas: antiguo-moderno, pasado-presente y progreso-reacción. Fiel a su sensibilidad de historiador se propone estudiar "las metamorfosis y significados" de dichas antítesis. Su análisis es profundamente histórico (en cuanto opuesto a la actividad de categorizar: identificar significados de una vez y para siempre). Para orientar al lector en este laberinto es conveniente separar las diferentes dimensiones analíticas presentes en el texto de Le Goff.

En primer lugar, examina la "ambigüedad" (contradictoriedad interna) de los conceptos componentes de las dicotomías. Para ello muestra que cada concepto puede adquirir un sentido neutral, laudatorio o peyorativo. Estas características no son mutuamente excluyentes, sino que coexisten en el uso del concepto, aunque sus "pesos" relativos varían históricamente. "Antiguo", por ejemplo, lleva en sí el sentido neutral de "anterior", el lustre de lo venerable y el descrédito de lo viejo y decrépito. A través del tiempo los conceptos sufren cambios en su extensión: se aplican a nuevas áreas y en ocasiones se producen reflujos (dejan de aplicarse en situaciones en que anteriormente era usual su empleo). Un ejemplo de estas variaciones lo constituye el propio concepto de "historia" tal como se mostró en el comentario de la primera parte.

Los cambios en extensión generan cambios profundos en la "política de alianzas" de los conceptos. Al extenderse a un área nueva inmediatamente es puesto en relación con conceptos presentes allí con anterioridad y la red de relaciones en que se halla inmerso el concepto se modifica. Ello produce cambios en su significado al desplegarse de manera desigual sus potencialidades internas referidas al comienzo: en circunstancias diferentes se otorga diferente peso a su sentido neutral, laudatorio o peyorativo. "Moderno", por ejemplo, pudo adquirir connotación negativa durante el Renacimiento cuando lo nuevo era aceptable a condición de que imitara lo antiguo, o empleárselo asociado a "progreso" cuando se afianzó esta idea en vísperas de la Revolución Francesa, privilegiando así su componente positivo.

Resulta particularmente interesante verificar cómo las oposiciones se manifiestan, aparecen y reaparecen bajo el ropaje de oposiciones coyunturales. Un

ejemplo de ello es el modernismo religioso, que en cuanto movimiento interno de la Iglesia Católica de principios del siglo XX “es el aspecto católico del conflicto antiguo-moderno convertido en la confrontación de la Iglesia conservadora con la sociedad occidental de la revolución industrial”, (p. 157). Bajo esta carnadura el término “moderno” cobra un sentido peyorativo.

Merece una mención especial su análisis de las operaciones básicas de la conciencia histórica entretreídas en torno a la relación pasado-presente. En primer lugar, la conciencia histórica requiere de una cierta subdivisión del tiempo, problema que ha sido resuelto de diversas maneras por grupos y épocas diferentes: antes-después y pasado-presente-futuro son sólo dos de esas maneras. Lejos de constituir un dato, estas distinciones son construcciones conceptuales deudoras de una cierta cosmovisión y sujetas a permanente revisión. Hasta ahora la historia ha sido “historia del pasado”, renunciando de esta manera al conocimiento del presente. Cautamente, Le Goff sugiere que “tal vez estemos asistiendo a una profunda transformación de las relaciones entre pasado y presente”, lo que lo lleva a reclamar “que nazca una auténtica historia contemporánea, una historia del presente” (p. 194).

El otro aspecto importante lo constituye la percepción que una época tiene de su relación con el pasado. Tres dimensiones analíticas resultan decisivas al respecto: el “peso” del pasado (cuán fuerte es la “presencia” del pasado en el presente), su valorización (neutral, positiva, negativa o ambigua del pasado) y el fenómeno de la polarización: tanto a nivel individual como colectivo en determinadas circunstancias se producen (o pueden producirse) focalizaciones sobre alguna de las tres dimensiones (eclipses parciales o totales del resto). Valiéndose de este marco analítico Le Goff examina los cambios operados en la conciencia histórica colectiva desde la antigüedad a la fecha. El libro se cierra con una apretada síntesis de la evolución de las nociones de “progreso” y “reacción”.

La edición en castellano de este libro de Le Goff constituye, sin duda, un aporte valioso. Además de la variedad e importancia de los problemas discutidos el texto es recomendable por la claridad de la exposición, la cuantiosa información desplegada y la belleza de muchos de los ejemplos que emplea para ilustrar las tesis discutidas. Cabe mencionar también el valor sugestivo de algunos de sus análisis; en particular, el dedicado a la relación pasado-presente impresiona por su riqueza. Puede aplicárselo a la propia actividad de historiar, que no es sino una de las expresiones de la conciencia colectiva y mostrar, por ejemplo, que la historia-relato tradicional presupone una marcada polarización sobre el presente (p. 180). Asimismo, permite examinar el discurso político público de ciertos sectores de nuestra dirigencia que, al encontrarse con serias dificultades para “recuperar” el pasado (hallar antepasados locales del actual proyecto) lanzan un amplio operativo contra nuestra conciencia histórica. El pasado es recortado (reconstrucción selectiva), subvalorado y hasta cancelado en cuanto objeto de atención. El futuro (versión edulcorada) ocupa todo el espacio de la reflexión.

Con todo, el texto presenta algunas flaquezas de importancia desigual. Para comenzar con las más importantes, creemos que las reticencias de Le Goff con respecto al marxismo (o, al “marxismo vulgar” como a veces denomina a su

blanco de ataque) induce preferencias y omisiones conceptuales que trascienden largamente a la perspectiva con la que mantiene relaciones conflictivas y que en ocasiones debilitan su argumentación. Veamos dos de estas situaciones. Al examinar la función social de la historia e indicar como presunto beneficiario al "presente", "la sociedad" o "la humanidad" se ubica deliberadamente en un nivel de generalidad que perjudica la validez de su argumentación y hace que nos preguntemos si, y hasta qué punto, es posible atribuir referencia a tales conceptos y protagonismo histórico a tales (presuntos) referentes.

Igualmente, cuando pasa del registro de los cambios operados en las dicotomías conceptuales mencionadas más arriba a su explicación la exposición de Le Goff pierde brillo y fuerza. Desde luego, no cede a la ingenuidad de presentarnos un autodesenvolverse de los conceptos, sino que señala sus causas materiales y culturales. Sus alteraciones se deben en buena medida a cambios históricos reales, a transformaciones económicas, sociales y políticas profundas de la sociedad. Asimismo, asocia la preeminencia de ciertos énfasis en el empleo de los conceptos con la vigencia de determinadas concepciones metafísicas acerca del tiempo (por ejemplo: tiempo circular-concepción decadentista del presente). Pero se halla ausente en su análisis toda relación entre los cambios en los significados y la actividad de las clases o sectores sociales que procuran "apropiarse" de los conceptos y orientar esas modificaciones en una determinada dirección como parte integral de una lucha más amplia por el poder. También en este caso sus análisis resultan demasiado abstractos y el empleo de categorías generales abusivo y antihistórico. En este sentido parece más fructífera la óptica de R. Williams inspirada en Gramsci (aunque el rechazo de Williams de todo tipo de regularidad o generalidad en la historia nos parece insostenible y en este punto nos encontramos más próximos al pensamiento de Le Goff).

También abrigamos serias dudas con respecto a los méritos de su solución al problema de la objetividad en historia. ¿Existe realmente entre los historiadores el consenso que Le Goff confiadamente les atribuye? Tenemos la impresión de que, una vez más, su discurso es demasiado abstracto y que si se examinaran más de cerca los criterios efectivamente empleados y las actitudes de los historiadores profesionales hacia ellos las conclusiones deberían ser muy diferentes (o, al menos, más matizadas).

Entrando en reparos de menor envergadura, se observa una cierta ambigüedad en el empleo de los términos "historia" e "historiografía". Aunque el autor alerta acerca de los peligros que encierra la ambigüedad del primero de ellos, en ocasiones lo emplea allí donde debería utilizar el mencionado en segundo término. Ello es evidente, por ejemplo, en el párrafo 4 de la primera parte cuando se refiere a la alianza entre historia (léase "historiografía") y erudición. Con respecto a "historiografía", por momentos alude (o parece hacerlo) a la disciplina histórica y por momentos a la historia de esta disciplina. La ambigüedad proviene del hecho de que el historiador tiene el privilegio (en relación con otros científicos) de tomar como asunto de su práctica profesional tanto a la propia actividad de historiar como al resto de las prácticas y actividades que conforman el tejido social en evolución. Todos estos equívocos aparecen reunidos cuando el autor declara que "la mirada del historiador sobre la historia de

su disciplina desarrolló recientemente un sector nuevo, especialmente rico, de la historiografía: la historia de la historia" (p. 132). Esta falencia hace difícil, a veces, interpretar lo que el autor quiere significar.

Para concluir, al finalizar la primera parte de la obra el autor deja traslucir cierta confusión acerca de las tareas que debe afrontar el historiador atribuible a la ausencia de una distinción fundamental. Una cosa es *razonar* la historia (volver inteligibles los acontecimientos ya ocurridos, y es a esto, creo, a lo que alude Le Goff con "pensar" la historia) y otra muy diferente *racionalizarla* (disciplinarla, lograr que los futuros acontecimientos ocurran de un modo previsible y deseable). Para esto último se requiere mucho más que técnicas y procedimientos científicos: es necesario (aunque es muy probable que no sea suficiente) ejercer el poder sobre variables comportamentales claves. Evitar las "asperezas de la historia vivida" que tanto desilusionan a Le Goff y a muchos otros es una tarea colosal que, de ser posible, involucra fuerzas que exceden a las existentes en la comunidad de historiadores profesionales. Es de lamentar que el autor no haya advertido (o, al menos, no haya enfatizado suficientemente) esta distinción ya que permite defender la racionalidad (cientificidad) de la disciplina histórica (que tanto obsesiona a Le Goff) aunque se conceda la doble imposibilidad de anticipar los acontecimientos (predecir) y hacer que adopten un cierto curso deseado.

Gustavo Marqués

Diana Balmori, Stuart F. Voss y Miles Wortman. *Las alianzas de familias y la formación del país en América Latina.* Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 1990, 335 páginas.

Para bien de la historiografía latinoamericana en general, durante las últimas décadas se han emprendido estudios orientados a analizar globalmente los procesos históricos de la región, de manera de poder comprender más acabadamente las particularidades de cada ámbito nacional. No por casualidad, la mayoría de los pioneros de esta nueva perspectiva historiográfica fueron autores europeos y norteamericanos desvinculados de las tradiciones académicas nacionales, más bien proclives a suponer a las historias locales como procesos únicos y originales, aunque figuras como los argentinos José Luis Romero y Tulio Halperín Donghi nos dan la pauta de que esta corriente también repercutió en los ambientes intelectuales sudamericanos.

El trabajo de Balmori, Voss y Wortman constituye uno de los últimos aportes dentro de esta línea historiográfica, aunque en este caso circunscripto a una temática muy específica: las alianzas de familia en los procesos formativos de los países latinoamericanos, tomando como ejemplos los casos de América Central, el noroeste de México y el Río de la Plata. Los autores parten de la

original hipótesis según la cual hacia fines del siglo XVIII, y al calor de los grandes cambios que por entonces estaban teniendo lugar en el mundo europeo, empezaron a constituirse en los reinos del imperio español americano "redes de familias notables", asociaciones de familias aliadas por razones de comercio, casamiento, proximidad espacial, etcétera, que se fueron articulando a lo largo de un período de tres generaciones, influyendo hasta aproximadamente la segunda década de este siglo. Al referirse específicamente a las "redes", los autores advierten que no se trata de familias aisladas, sino más bien de interacciones entre familias cuya influencia les habría permitido incrementar su notabilidad y controlar ciudades, regiones y, finalmente, naciones enteras.

Llegados a este punto conviene detenernos en los fundamentos centrales de la tesis defendida por los autores. Para éstos, las redes familiares deben ser consideradas "unidades básicas de análisis" en el sentido de empresas diversificadas en múltiples actividades como minas, grandes haciendas u operaciones mercantiles y financieras; pero también como entidades públicas vinculadas al estado y, en ciertas circunstancias, hasta sustitutivas de éste. Se trata de concebir entonces a las redes como el fundamento de una estructura socioeconómica y política que en América Latina habría alcanzado su culminación hacia fines del siglo XIX.

Los estudios históricos de familias no constituyen una novedad. Pero las investigaciones clásicas al respecto enfatizaban cuestiones como la propiedad de grandes haciendas y empresas mercantiles familiares, o su papel como parte de las élites que controlaban una ciudad o una región. Se trataba, en resumidas cuentas, de entender a la familia como una entidad privada modelada por fuerzas históricas que, al igual que otras instituciones sociales, influían sólo indirectamente en el proceso social. Estos autores, en cambio, pretenden ir mucho más lejos, pues sugieren que tras la Emancipación, dada la ausencia relativa de estructuras sociopolíticas consolidadas, las redes familiares operaron como una suerte de organización que las convertía en el eje central de la vida social y del desarrollo histórico en su conjunto. Las redes familiares, a través de matrimonios estratégicos, modos de organización empresarial y formas de participación política, entre otras relaciones sociales, devienen así en entidades colectivas que sintetizan lo público y lo privado.

En términos estrictamente históricos, los autores sostienen que las organizaciones familiares constituyen en América Latina instituciones dotadas de una gran especificidad desde la conquista. A lo largo de los 200 años posteriores, los "descendientes de los conquistadores" tendieron a reforzar su poder local mediante el control de instituciones como la Iglesia, los cabildos y los diferentes tipos de cofradías, avalados por una Corona que les negaba el acceso a títulos nobiliarios, pero que compraba su lealtad mediante pensiones hereditarias. Las redes de familia, sin embargo, empezaron a construirse a partir de las nuevas fuerzas sociales que emigraron a América desde mediados del siglo XVIII, impulsadas por la revolución industrial y por las reformas borbónicas. Fundamentalmente comerciantes, estos inmigrantes, portadores de una nueva mentalidad de sesgo individualista y utilitario, chocaron con las prerrogativas de los grupos tradicionales. Tres fueron las estrategias que adoptaron para

consagrar su dominación. Crearon un orden social nuevo allí donde, como en el Río de la Plata o el noroeste de México, las estructuras anteriores eran débiles o inexistentes. En donde las familias antiguas se mostraban permeables al cambio, se fusionaban con ellas. Finalmente, donde los grupos tradicionales se resistían a su incorporación, orientaron su acción a dar batalla por el control de instituciones claves como los cabildos, las milicias, las iglesias o las universidades. En todos los casos contaron con el apoyo de una monarquía ilustrada que procuraba, si no acabar con las instituciones del orden tradicional, adecuarlas a su acción reformadora, favoreciendo asimismo la conformación de nuevos espacios de poder social a la medida de sus intereses, como gremios mercantiles, consulados y sociedades de "amigos del país". Una vez insertos en la sociedad colonial, los nuevos grupos comenzaron a construir la red a través de mecanismos sociales, como los matrimonios; políticos, como la participación directa o indirecta en las estructuras burocráticas, y económicos, vía su diversificación desde el comercio hacia la tierra y las finanzas.

La crisis de la independencia relacionó a las redes con comerciantes extranjeros, fundamentalmente ingleses, que las nutrieron de nuevos recursos. Pero el colapso político implicado por la Emancipación, y la consiguiente disolución de las estructuras estatales, motivaron la reacción defensiva de estas familias, que acentuaron la extensión de su influencia a todas las esferas de la vida social y convirtieron a las redes familiares en instituciones de carácter semi-público. Hacia el último cuarto del siglo XIX, y en el marco de la formación de los estados modernos, las redes maduraron en lo que respecta al control de la riqueza y del poder político local y nacional, resolviendo incluso sus conflictos tradicionales y centralizando aún más sus intereses. Las redes familiares adquirieron, más que nunca, el carácter de entidades semiestatales, igualando en poder a las estructuras oficiales gubernamentales con las que, por otra parte, se compenetraban recíprocamente, instrumentándolas como trampolín para la realización de grandes negocios que las convirtieron en verdaderas corporaciones. Simultáneamente, fueron modificando su percepción de sí mismas, adoptando modelos culturales importados de la Europa industrial que las escindió respecto de sus propias sociedades. Atestiguan este proceso su encierro en barrios residenciales o la conformación de ámbitos culturales exclusivos, pero también el progresivo desinterés por seguir sosteniendo los antiguos vínculos clientelares respecto de las clases subordinadas, que fueron paulatinamente reemplazados por relaciones institucionales despersonalizadas, ejercidas por el estado. Ya a la vuelta del siglo, la complejidad que fueron adquiriendo las sociedades latinoamericanas fue desbordando a las redes, al aparecer nuevos núcleos de poder social, como las propias estructuras burocráticas de estados cada vez más autónomos, empresas extranjeras y nuevos grupos económicos. Las redes flexibilizaron su acción procurando influir en las nuevas estructuras pero, pese a persistir en algunos casos hasta nuestros días, su poder se fue diluyendo.

La constitución de las redes de familia en cada uno de los tres casos analizados tuvo características diferenciadas. En Buenos Aires, los cambios del siglo XVIII produjeron la aparición de un sector de comerciantes monopolistas traficantes de "efectos de Castilla", que convivían con una fracción de pequeños

mercaderes—los “pulperos” o “tenderos”—a ellos subordinados. Estos últimos, sin embargo, se fueron asociando a los antiguos hacendados de la campaña bonaerense mediante el acceso a la propiedad territorial y la instrumentación de una variada gama de intercambios mercantiles. Producida la Revolución de Mayo de 1810, estrecharon vínculos con comerciantes británicos que los liberaron de las ataduras financieras que los ligaban a los monopolistas. Estos últimos, sin embargo, no se resignaron a perder su primacía en el orden local, como lo demuestra el hecho de que en 1818 sus remanentes intentaron redespazar a ingleses y “pulperos” concentrando los intercambios ultramarinos en una “Compañía comercial”. Pero el fortalecido nexo entre “pulperos” y terratenientes—que para entonces ya constituían un solo gran grupo—y los intereses británicos hizo abortar el intento. Desde entonces, los “pulperos” fueron ganando respetabilidad, siendo denominados ya en la década de 1820 como “barraqueros”, que articulaban la producción de cuero para la exportación con la venta en el mercado interno bonaerense de productos importados o traídos de las regiones interiores. La ley de enfiteusis y las sucesivas “campañas al desierto” entre 1820 y 1833 les permitió la apropiación de nuevos dominios territoriales, al tiempo que en el interior de sus estancias fueron diversificando sus actividades, extendiendo asimismo la red hacia las finanzas o la fundación de colonias y pueblos. Durante las décadas de 1820 y 1830 se produce una nueva oleada inmigratoria que, como las arribadas en el siglo XVIII, reeditó el proceso que los hacía transitar desde el comercio hacia las actividades productivas rurales y las profesiones liberales. Lo importante de esta secuencia es cómo en ese ínterin se fueron constituyendo las redes familiares, cuya extensión se acentúa a partir de la década de 1870, dando lugar a organizaciones que los autores no dudan en comparar con verdaderas corporaciones. Los matrimonios constituían un nexo de primera magnitud, quedando fuera de la red aquellas familias que perdieron la línea de casamientos con miembros de las 154 familias más importantes de Buenos Aires. El estado nacional constituido hacia el tercer cuarto de siglo fue controlado por ellas, convirtiéndolo en un trampolín para afianzar sus actividades económicas internas, relacionándolas con los nuevos polos de poder económico internacional. El análisis del caso argentino se detiene hacia principios del siglo XX, cuando la red, si bien no se disolvió, fue quedando subordinada a nuevas esferas de poder.

En América Central, los comerciantes monopolistas que a partir del siglo XVIII se instalaron en Guatemala se asentaron en el comercio del índigo, estableciendo asimismo una red de relaciones familiares con alguna familias antiguas y asociándose con representantes de grandes casas mercantiles de España y de México. Pero aproximadamente desde 1770 este grupo se cerró sobre sí mismo, con lo que los nuevos inmigrantes, si bien pudieron seguir llegando e incluso prosperar, se vieron inhibidos de ingresar en la red familiar e integrar la élite dominante local. La asociación de las familias de la red con la monarquía les permitió terminar con los privilegios de las antiguas familias, que resistían al cambio parapetadas en sus instituciones tradicionales. La conquista de estas últimas les permitió un libre acceso a la mano de obra indígena, así como el control de las tierras urbanas. La independencia fluidificó

sus vínculos con los intereses mercantiles británicos, pero ella hizo madurar sus antiguos antagonismos respecto de una verdadera coalición social integrada por los comerciantes españoles y extranjeros que habían llegado desde fines del siglo XVIII, asociados con las antiguas familias no relacionadas con el grupo privilegiado, además de los grupos urbanos y terratenientes del interior, agredidos por el librecambismo. Las familias de la red guatemalteca intentaron entonces anexar América Central al México de Iturbide, imponiendo desde la capital un poder fuertemente centralizado; pero la caída del “emperador” mexicano marcó el comienzo de incesantes guerras civiles que abarcaron todo el siglo XIX, y que fueron fragmentando a Centroamérica en múltiples localismos inestables. La red familiar, sin embargo, permitió a los contendientes conservar sus bienes más allá de las recurrentes derrotas políticas de una y otra fracción, hecho que revela, según los autores, la existencia de una autoridad informal mucho más importante que la autoridad política. Las inversiones extranjeras comenzadas a principios de siglo, ya anticipadas desde hacía unas décadas por la presencia de grupos mercantiles cafeteros alemanes, fueron apagando el poder omnívoto de las redes familiares guatemaltecas.

En el noroeste de México, la “red de familias notables” fue el producto de las migraciones españolas llegadas en el siglo XVIII, implantadas en una zona desierta, donde la reforma burocrática de los Borbones sentó las bases de una cadena de centros urbanos desde la Sierra Madre hasta el Pacífico. Allí fueron desarrollando un conjunto muy diversificado de actividades agrícolas, mineras y mercantiles. Una vez más, fue el matrimonio el cimiento fundamental de las redes familiares. La independencia, sin embargo, aisló a la región del resto de México, apartándola de los sangrientos conflictos posteriores a 1820, pero marginándola también de los circuitos que se habían constituido durante la etapa borbónica. Los contactos marítimos internacionales por el Océano Pacífico no alcanzaron a compensar la restricción anterior. Sin oposiciones serias de otras regiones, y sin siquiera la amenaza de ser afectada por las guerras civiles que tuvieron lugar en el resto de México, la red se consolidó y diversificó, pero en el marco de un profundo estancamiento. El advenimiento del “porfiriato” dio lugar a una interacción cada vez más intensa entre el ámbito regional y el nacional; pero la influencia de fuerzas políticas y económicas extralocales, al tiempo de fortalecer la red en poder y notabilidad, le fue restando el monopolio que ejercía sobre los asuntos de la región. Las familias profundizaron la diversificación de sus intereses, pero la coalición entre el estado porfiriano y el capital extranjero que ahora monopolizaba la minería fue extendiendo una sensación de descontento que terminó plasmándose en una oposición frontal respecto del poder central. Las redes del noroeste tuvieron así un papel protagónico en la revolución de 1910; pero la movilización que ésta suscitó por medio de células revolucionarias permitió la emergencia de una clase política de dirigentes de recursos modestos, excluidos del “porfiriato”, sólo tangencialmente vinculados a las redes como “parientes pobres”. Estos organizaron grupos de intereses populares que acabaron subordinando a las “redes”, las que desde entonces dejaron de ser el eje central de la política del noroeste.

Nadie puede dudar del valor historiográfico de esta singular obra. Sin

embargo, pueden señalarse en ella puntos oscuros. Tal vez la crítica más importante gire en torno a cierta orientación "sociologista" de los autores, que convierten a las redes de familias en una suerte de estructuras totalizadoras que permitirían explicar toda la dinámica del poder en estas sociedades, excluyendo por parcial a todo análisis que parta de una metodología alternativa. Es más, a veces pareciera que a los autores les va interesando cada vez menos el desarrollo histórico real, seleccionando sólo la información que sirve para confirmar sus hipótesis. En ese sentido, reeditan el viejo problema de ciertos sociólogos, economistas y politólogos que incursionan en la Historia sólo a los efectos de confirmar sus esquemas teóricos previos, desechando todo aquello que contradice sus hipótesis. Por otra parte, el relato se torna por momentos tan general que llega a perder de vista la cuestión central, es decir, la evolución de las redes familiares, transformándose en una narración de temas históricos generales. En otros tramos, en cambio, el análisis de las "redes" se convierte en una descripción biográfica de sus exponentes más conspicuos, cuya acción cobra una autonomía tal respecto de las familias que contradice los postulados de la hipótesis inicial del libro. Tampoco son tratadas las relaciones entre las redes familiares y los demás sectores sociales. Por último, podrían señalarse, por lo menos en el estudio del caso de Buenos Aires, serios errores históricos, así como una interpretación acerca de los orígenes del poder militar a principios de siglo que resulta sumamente discutible. Ninguna de estas observaciones, sin embargo, disminuye los méritos de una obra que, indudablemente, habrá de suscitar nuevas y más contemporáneas indagaciones sobre las relaciones entre familia y poder.

Jorge Luis Ossona